

RECUERDO DEL INCA GARCILASO DE LA VEGA

Por JERONIMO ALVARADO SANCHEZ

Todavía no se han extinguido los ecos de las innumerables frases que, en las últimas semanas, han llevado a todos los extremos del Perú, con los diversos tonos de la finura y de la vulgaridad, el nombre ilustre del Inca Garcilaso de la Vega. Y, sin embargo, es preciso cumplir el deber de hablar de él aquí, en estas páginas de serenidad, felizmente desprovistas de todo afán sensacional y consagradas a la reflexión silenciosa de los altos temas del espíritu y la cultura.

Han pasado cuatrocientos años desde ese día de abril de 1539 en que de la fusión de dos nobles sangres nació Garcilaso Inca en la arruinada ciudad imperial del Antiguo Perú. Cuando apenas un borroso recuerdo de los arrogantes protagonistas que cumplieron esforzadamente esa formidable empresa de dominio, sobre la planicie inmensa de la historia se extiende hoy con nítida grandeza la sombra prócer del mestizo que tuvo el singular destino de nacer en una hora que fué para la Patria a la vez epílogo y preludio.

¿Para qué hacer aquí el minucioso recuento de su vida? Ya lo hizo con su doctísima palabra José de la Riva Agüero en aquel "Elogio" (1) que, según acertada expresión del doctor Luis Alberto Sánchez (2), es "lo más completo y exegético que hay sobre el Inca". Pero sin intentar alcanzar la brillante exactitud de Riva Agüero, miremos un instante el curso extenso de la vida de

(1).—JOSE DE LA RIVA AGÜERO.—"Elogio del Inca Garcilaso de la Vega".—Discurso pronunciado en la Universidad Mayor de San Marcos en el tercer centenario de la muerte de Garcilaso (22 de abril de 1916).—Ed. "Opúsculos". — Tomo II. — Torres Aguirre. — Lima, 1938.

(2).—LUIS ALBERTO SANCHEZ.—"La Literatura Peruana". — Tomo II. — Pág. 52. — Ed. "La Opinión Nacional". — Lima, 1929.

Garcilaso Inca, para acercarnos así a su obra en la que palpita siempre un magnífico corazón peruano.

I

EL HIJO DEL HIDALGO AVENTURERO.

De las remotas tierras extremeñas, donde se alza Badajoz como un rugoso muro arcaico sobre los claros reflejos del Guadiana, partieron hacia las misteriosas comarcas de Indias los mejores "buscadores de aventuras" de España. Tierra de conquistadores, se ha llamado a aquella extrema tierra española que mira hacia las verdes llanuras lusitanas y nos trae siempre una vaga resonancia pastoril, con acordes de gaitas célticas y bucólico mugir de ganados. Tierra de conquistadores, porque fueron ahí muchos los hidalgos y villanos que, a la manera de nuestro Señor Don Quijote, se hastiaron de la sencilla paz de sus aldeas y se fueron por los más ásperos caminos del mundo en busca de aquellos "sucesos jamás vistos ni oídos" que para el medroso Sancho se llamaban tristemente "desventuras" y para el indomable caballero, por encima de la dicha o el infortunio, eran siempre nobles y gentiles "aventuras".

Uno de éstos hidalgos extremeños poseídos de la inquietante fiebre de su siglo fué el Capitán Garci Lasso de la Vega, cuyo clarísimo linaje resplandece insistentemente en las letras y en las armas de Castilla. Era muy joven el Capitán Garci Lasso cuando abandonó España rumbo a las Indias. México, Guatemala, Darién y Buenaventura, conocieron sucesivamente la agitación belicosa de sus aventureras andanzas de conquistador y después, sirviendo en "la bizarra y brillante cuanto desdichada expedición" de D. Pedro de Alvarado, llegó por fin al Perú, a cuya vieja historia iba a quedar tan felizmente ligado su nombre en el hermoso ingenio de su hijo.

En medio de la incesante actividad guerrera que lo llevó desde la norteña costa de Piura hasta las ariscas comarcas interiores del Collao, en esos días en que la sojuzgada ciudad imperial comenzaba a cambiar de fisonomía al levantarse la tallada arquitectura de las torres españolas sobre las adustas piedras de los templos idólatras, cuando nacían los portales y sobre los portales se labraba

escudos de flamantes señoríos, en ese ambiente de victoriosa conquista española y doliente vasallaje incaico, el Capitán Garci Lasso de la Vega amó a la bella Ñusta cuzqueña de sangre imperial Doña Isabel Chimpu Oclo.

Y el día 12 de abril de 1539 —tiempo de equinoccio de Otoño cuando los hombres de Antiquo Perú celebraban las solemnes fiestas del *Mosoc-Nina* (nuevo fuego) en que se renovaba el perpetuo fuego sagrado del templo del Sol— Garcilaso de la Vega Inca vió en el Cuzco la luz del Perú, como fruto de los amores de la Ñusta bisnieta de Tupac Yupanqui y el conquistador de ilustre estirpe castellana.

Los primeros años del mesticillo vivaz encierran la clave de toda su gloriosa fama que hoy relumbra a través de la sombra indiferente de los siglos. El declinante y avasallado Imperio todavía sobrevive, mortecinamente, en medio del tumulto aún anárquico de la conquista, y el Cuzco es una ciudad mitad imperial, mitad colonial, donde los capitanes españoles viven al lado de los príncipes incaicos. En las estrechas y empinadas calles de la granítica capital del Imperio vencido aparecen los primeros zaguanes, y en las altas ventanas que se abren sobre los portales de piedra, rejas caprichosas y maderas talladas comienzan a decorar con cálida gracia andaluza la invencible severidad graciosa del estilo incaico. Pero los indios, que visten sus pintorescas ropas autóctonas, miran todavía con sospechosa veneración hacia las blancas cumbres que rodean al Cuzco, esperando quizás la aparición de otro Inca Roca vindicador, y el Sol, que en los dorados días del *Inti-Raymi* resplandecía majestuoso sobre la nieve del *Vilca-uñuta* (lago sagrado), es indiferente a la ruina de sus hijos que celebran todavía con piadoso esplendor sus grandes festividades gentílicas.

El pequeño Garcilaso vive aquella decisiva hora de transición, y su espíritu, que compartía puerilmente la emoción de la conquista con el dolor del vasallaje, tuvo entonces miradas de maravillosa lucidez que no lo dejaron olvidar nunca las cosas que vieron sus acuciosos ojos de niño. Eran los años azarosos de conquista y lucha civil entre los conquistadores en que su padre, el Capitán Garcilaso, entregado infatigablemente a sus campañas, se ausentaba por largas temporadas de su solar cuzqueño. Al lado de su madre y confiado por su padre a la fiel tutela de D. Juan de Alcobaza, el

pequeño mestizo vivió su infancia muy cerca de la imperial familia materna. Su viva imaginación despertaba al arrullo de melancólicas evocaciones y recuerdos patéticos, mientras su juicio empezaba a afilarse con la gimnasia magnífica de la Gramática Latina. Y aunque en medio de la agitación de las luchas civiles era difícil lograr una perfecta educación para Garcilaso Inca y los otros niños mestizos que ya vivían en el Cuzco por aquellos años de 1550, no quedaron, con todo, abandonados a su suerte. Se recuerda el nombre de dos preceptores, y uno de ellos, el Canónigo de la Catedral D. Juan de Cuéllar, enseñó durante varios años la lengua latina a Garcilaso Inca y a 17 mesticillos más, "entre el crujir de las armas y el estrépito de los combates", según gráfica expresión del amenísimo Markham (3). Y admirando las sobresalientes dotes de estos primeros estudiantes peruanos, para los que la Gramática y las Ciencias eran llana vía sin obstáculos, el improvisado preceptor Cuéllar exclamó alguna vez con entusiasmo: "¡Quisiera ver a una docena de vosotros en la Universidad de Salamanca!"

Llegó la adolescencia, y Garcilaso que había vivido eufóricamente su niñez novelera —a veces sacudida, en medio de las contiendas civiles, por bruscas emociones de guerra y peligro—, comienza a presentir certeramente su destino. Ha pasado el tiempo en que salía al campo a contemplar asombrado la llegada de animales y frutos de la lejana España y hasta faltaba a sus lecciones para ir a mirar curiosamente a los bueyes que por primera vez hundían el arado en tierras cuzqueñas. Tampoco le interesa mucho ya cabalgar alegremente por las calles del Cuzco en los hermosos caballos de los Altamirano. Ahora, en las veladas tensas de silencioso dolor, interroga ansiosamente a sus parientes maternos sobre las pretéritas grandezas de su raza y aquellos príncipes vencidos le daban —como él dice— "larga noticia de sus leyes y gobierno cotejando el de los españoles con el de los Incas. Decíanme —agrega— cómo procedían sus reyes en paz y en guerra, de qué manera trataban a sus vasallos y cómo eran servidos de ellos. Además de esto me contaban como a su propio hijo toda su idolatría, sus ritos, ceremonias y sacrificios, sus fiestas y como las celebraban. Decían-

(3).—CLEMENTS R. MARKHAM.—*Los Incas del Perú*. — Versión castellana de Manuel Beltroy. — Lima, 1920. — Capítulo XVII. — Pág. 229.

me sus abusos y supersticiones, sus agüeros malos y buenos. En suma digo que me dieron noticia de todo lo que tuvieron en su república que si entonces lo escribiera, fuera más copiosa esta historia" (4).

Estas pláticas, henchidas de dolientes remembranzas, que sedujeron la juvenil imaginación de Garcilaso Inca, acompañaron también su vejez solitaria con la delicada emoción del recuerdo nostálgico que fosforecía temblorosamente en la lejanía del tiempo y la distancia. "De las grandezas y prosperidades pasadas —dice, evocando aquellos coloquios con sus parientes incas— venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Y con la memoria del bien perdido, siempre acababan en lágrimas y llanto, diciendo: trocósenos el reinar en vasallaje" (5). He aquí el acento de sencillo e impresionante patetismo que sólo alcanza el escritor al que, en la punta de su pluma, se le ahoga el sollozo que asciende desde lo más recóndito del alma.

Nutrida de imágenes cambiantes y emociones intensas, transcurrió así la juventud de Garcilaso en el Cuzco turbulento de los primeros años coloniales. Junto a la tristeza de los avasallados Incas, los conquistadores alternaban entonces sus caballerescos juegos del reposo con sus violentas luchas, y el joven Inca Garcilaso, desplegaba toda la vivacidad de su ejemplar mestizaje para participar con éxito en los juegos castellanos de equitación y caza luciendo así la natural inclinación caballeresca de su estirpe. Pero si Garcilaso aprendió con destreza de los españoles sus caballerescos ejercicios, la sanguinaria belicosidad con que se exterminaban entre sí en las luchas civiles, encendidas por orgullosos odios, le enseñó dramáticamente la más viva lección sobre el poder y la gloria, que Jorge Manrique, hondo poeta de España, expresaba, con lúgubre y exacta reflexión, en sus populares "Coplas", cuando dijo:

"Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;

(4).—*"Comentarios Reales"*. — Primera Parte. — Libro I. — Capítulo XIX. (Biblioteca de Cultura Peruana. — Tomo 3, pág. 95).

(5).—*"Comentarios Reales"*. — Primera Parte. — Libro I. — Cap. 15.

que en este mundo traidor
aún primero que muramos
las perdemos”.

Oía contar Garcilaso, y alguna vez lo vió, cómo caían uno tras otro, abatidos por la derrota y la muerte, todos los grandes de la Conquista del Perú: Almagro, Juan, Gonzalo y Francisco Pizarro, Martín Alcántara, Hernández Girón, Núñez de Vela, Carbajal. ¿Cuántos más? Se alargaría demasiado la nómina intentando nombrar a todos estos españoles consumidos por la hispanísima fiebre de prepotencia y dominio y de algunos de los cuales podríamos decir acaso, con la altísima frase poética del “divino” Herrera, que

“... sin volver a Dios sus ojos
con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos!”

Fué por este tiempo también que, a los 14 o 15 años, Garcilaso viajó por la región del Alto Perú y contempló la naciente opulencia de la famosa ciudad de Potosí de cuyos codiciados tesoros habla detenidamente en una página de su amena obra (6). Abandonó otras veces el Cuzco en esos años de juventud para ir al “regalado valle de Yucay”, como lo llama Riva Agüero, y que está situado al Nor-Este de su ciudad natal y donde vivió Sayry Túpac, conservando tristemente una brumosa quimera del ancestral Imperio. Y alguna vez salió del Cuzco el joven Garcilaso para visitar la región apuricmeña de Contanero donde se había asignado a su padre una rica “encomienda”.

En todos éstos cortos viajes por distintas provincias *quechuas* del antiguo Imperio, recogió Garcilaso imborrables impresiones de su tierra nativa. Su espíritu se educó así en la santa familiaridad de su Patria, en la amorosa contemplación de sus paisajes, sus gentes, sus recuerdos y las “mil sombras nobles de su gran ruina”. Y la evocación de aquellos recuerdos, que fué el diálogo silencioso de su memoria juvenil con su apacible senectud, tuvo por eso para su espíritu el encanto delicado de la música querida que volvemos a es-

(6).—“Comentarios Reales”. — Primera Parte. — Libro VIII. — Cap. 24.

cuchar cuando viene trayéndonos en sus notas mucho de nosotros mismos.

II

DESPEDIDA ENTRE LAS PIEDRAS DEL CUZCO.

Así trascurrieron los veinte primeros años del hijo de la ñusta y el conquistador. En 1559 murió su padre y se rompió entonces el curso feliz de la tranquila existencia cuzqueña de Garcilaso. ¿Vivía su madre todavía? El Dr. Riva Agüero y el Dr. L. A. Sánchez opinan que sí, mientras Markham y Julia Fitzmaurice-Kelly afirman que nó. La cuestión es interesante, porque alguien ha argüido, en injusto tono de reproche, que si su madre vivía Garcilaso no debió salir para España como lo hizo a la muerte de su padre. Pero ¿qué apoyo podía prestar el joven mestizo a su postergada madre india y a sus hermanas, en medio de aquel interminable tumulto de ambiciosas pasiones que era el Cuzco de esos años? La muerte de su padre hizo sentir cruelmente a Garcilaso la difícil situación de su bastardía (7). En busca de una justicia mayor decidió partir hacia la corte española para exponer sus demandas al Rey, y seguramente este fué un momento de grave y difícil resolución para Garcilaso que, más que a probar dudosa fortuna, iba a España a reclamar justicia. Y mientras él se iba rumbo a lo desconocido, quedaba en el Cuzco, al lado de sus parientes y sus jóvenes hijas que murieron poco después, la bella Ñusta Isabel, madre de Garcilaso, esperando el éxito de las gestiones de su hijo.

Fué en 1560, poco después de la muerte de su padre, que Garcilaso abandonó el Cuzco para ir hacia la Corte. Los recuerdos de su infancia inquieta y observadora y de su reflexiva adolescencia harían compañía al joven mestizo en su largo viaje a Madrid. Y parece que entre todos esos recuerdos el que más honda huella dejó en su memoria fué el espectáculo impresionante que, al ir a despedirse de él, le ofreció el Licenciado Polo de Ondegardo mostrando

(7).—Véase las precisas referencias que hace D. José de la Riva Agüero, sobre la sucesión de los bienes del Capitán Garcilaso de la Vega, en su citado estudio sobre el Inca Garcilaso.

a Garcilaso los cuerpos intactos de cinco Emperadores incas, antepasados suyos, que Ondegardo acababa de descubrir. Este hecho, que tuvo enorme resonancia en el alma de Garcilaso, sin duda sumió su espíritu en hondas reflexiones sobre el triste destino de su gloriosa estirpe materna. En una página de intensa y contenida emoción ha relatado Garcilaso este dramático encuentro que tuvo, cuando ya iba a abandonar su tierra, con los cuerpos yertos e intactos de esos antepasados, cuyas funerarias imágenes, que no olvidó jamás, le harían pensar entonces, vísperas de su partida, en las doradas grandezas que vieron esas tierras de las que se alejaba.

Aquella musa pálida y triste que se llama melancolía, acompañó, pues, a Garcilaso Inca en los últimos días que vivió en el Cuzco natal. En esas jornadas finales de su vida cuzqueña presentía quizás que no volvería a mirar las antiguas piedras que cobijaron la vida y la gloria de sus antepasados y le traían el cálido aliento de los días heroicos del Imperio. Contemplaría los pétreos muros de los palacios cambiados, las poderosas y abatidas murallas Sacsayhuaman, los desolados restos de *Aclla-huasi* (casa de las vírgenes) lugar sacratísimo del culto gentilico, los dorados reflejos del yerto Coricancha, y cada muro, cada piedra, hablaría a su espíritu caviloso y triste con esa elocuencia penetrante de las cosas vivas que nos traen las voces queridas de los muertos. El Inca Garcilaso podía decir entonces lo que, con otra pena, dijo un siglo después D. Francisco de Quevedo en los bellos versos de ese soneto que comienza así:

“Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía”.

Nutrido desde la niñez por delicadas añoranzas de las viejas glorias, Garcilaso rememoraría los combates y las victorias de sus antecesores que pasaron como él junto a esas piedras inmóviles y ya descansaban al abrigo de esa tierra sojuzgada de la que se alejaba, y seguramente —usó la frase de D. Francisco de Quevedo— “no halló cosa en qué poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte”. Entre los llorosos relatos de sus parientes, escuchados con

la curiosidad de la niñez, y esta melancólica despedida de las piedras del Cuzco, hecha con la lúcida emoción histórica de la juventud, vemos trazada la línea del destino que suscitó la nostálgica belleza de los "*Comentarios Reales*".

Y así, agitado por los confusos sentimientos que siempre concurren a despedir al viajero, Garcilaso abandonó el valle sagrado de los Incas para ganar la costa a través de las profundas quebradas del *Anti-Suyu*.

III

LOS PAISAJES DE LA PATRIA EN EL VIAJE A ULTRAMAR

El viaje a través de la región Centro-Occidental del Perú (el *Anti-Suyu* imperial) que emprendió el Inca Garcilaso era entonces muy lento, y en sus numerosas etapas recorrió Garcilaso parajes de tanta belleza como importancia histórica. Atravesó primero las comarcas del resonante río del país quechua, cuyo nombre nos refleja su leyenda misteriosa: el Apurímac (*Apu-rimac*: señor que habla). Surca este río un hermoso valle, templado arriba, tropical en lo profundo de la quebrada, y las laderas de las cumbres, labradas en andenes, exhibían el verde frescor de sus cultivos. Paralelo al valle del Apurímac, en dirección occidental, hay otro valle igualmente hermoso que también cruzó Garcilaso en su viaje hacia la Costa. Es el comprendido entre los ríos Pachachaca y Pampas. Las rocas andinas se empinan casi con fantasía ahí donde los ríos corren más hondo, y el espectáculo que ofrecían los frágiles puentes incaicos suspendidos sobre las aguas entre los escarpados flancos de las cumbres, era verdaderamente increíble. Más allá de estas abruptas gargantas que encierran las aguas del Apurímac, del Pachachaca y del Pampas, se encuentra la provincia que habitaron las belicosas tribus *Chancas*. Es el ancho y opulento valle de Andahuaylas, cuyo nombre quechua (andén o terraza verde) trae a la memoria los ingeniosos sistemas de cultivo que usaron los pobladores de esta rica región del Antiguo Perú.

Para avanzar hacia la Costa, Garcilaso —cuyo itinerario en este importante viaje no se conoce con exactitud— cruzó seguramente las estrechas quebradas de la Cordillera Occidental de los

Andes, desde la que se divisa ya los primeros declives hacia la Costa y donde vivieron las tribus de los *Soras* y *Lucanas*, ariscos como sus montañas y progresistas por la permanente incitación del dilatado horizonte que se prolonga hasta el arenal y el mar. Llegando a estas comarcas se comienza a descender. Ahí está el valle de Nazca, donde los activos e inteligentes indios *Lucanas*, construyendo un acueducto de grandiosas proporciones, vencieron para siempre la esterilidad del desierto. ¡Con cuánta emoción se asombraría Garcilaso al contemplar este difícil triunfo del ingenio humano sobre las ciegas fuerzas de la Naturaleza! Con sus canales subterráneos que traen las aguas desde las alturas distantes de *Lucanas*, el valle de Nazca es, sin duda, como ya lo dijo Markham con sagaz admiración, "uno de los más asombrosos monumentos de la civilización andina" que comandaron los Incas.

Y está ya el Inca mestizo en una de las más típicas zonas de la región costeña del Perú: los valles *jungas* que habitaron las tribus de la Confederación Chíncha. Original costa del Perú central donde no se encuentra el bosque del trópico que correspondería a su latitud, porque la Geografía ha tenido aquí el capricho de hacer nuestra costa suave gemela de la costa marroquí. Gris y blanda alfombra de arena cercada por el periódico verdor de las *lomas* y, a lo lejos, el mar azul. De trecho en trecho, el tedio del arenal se disipa con la repentina sonrisa verde del valle que, ciertamente, es aquí un oasis más o menos extenso y siempre fértil. Y el viento sopla insistente y fuerte alineando y desalineando médanos hasta el borde mismo donde, casi mágicamente, brota el verdor del valle soleado. Así son todos estos valles costeros que, cercados por el arenal, se extienden perpendicularmente entre la Cordillera cercana y la orilla del mar.

En viaje a Lima, Garcilaso Inca atravesó estas provincias de las que ya se había prendado el magnífico sentido geográfico de los conquistadores, que en ellos fundaron prósperas ciudades y villas. Pasando los valles de Nazca, Río Grande e Ica, se sabe que llegó Garcilaso al valle de Huarco que poblaron las valerosas tribus *Huachirris* y donde el Virrey Hurtado de Mendoza, enamorado de la riqueza y belleza de la región, había fundado, poco tiempo antes, la reposada villa de Cañete, bautizándola con el nombre de su propio marquesado peninsular. Más acá de Cañete, siempre en direc-

ción Norte, está Mala y después Lurín. Es aquí donde, a la orilla derecha del río, en la brusca frontera del arenal y el valle, sobre una altura formada por sucesivas terrazas, se alzaba el legendario templo de Pachacamac, donde estaba el misterioso ídolo llamado dios-pezu, que, como en la helénica leyenda de Delfos, emitía oráculos que habían rodeado ese templo de Pachacamac del rumor tradicional de la fama. Garcilaso contempló, sin duda, el templo idólatra casi entero y no arruinado como está hoy. Pero ya no estaba ahí el ídolo, "hecho de palo negro y horrendo" (8), que arrojó y destruyó Hernando Pizarro a fines de enero de 1533, cuando por primera vez llegaron los españoles a este lugar, como nos lo cuenta, con su pintoresco lenguaje, el cronista-conquistador Miguel de Estete cuando relata con detalles amenísimos como ocupó la caballería española esta "mezquita", como la llama él, donde los naturales iban "como los moros y turcos van a la casa de Meca" (9).

Seguramente pensó Garcilaso, ante el gentilicio templo destruido, en el dolor terrorífico de los indios supersticiosos cuando vieron llegar a extranjeros poderosos que entraron a su templo para derrocar al ídolo y ellos "espantados de nuestra osadía", como dice Estete, "volvían por la honra de su dios y decían que aquel era Pachacama el cual les sanaba de sus enfermedades", angustia que sólo se calmó cuando vieron que, puesta la Cruz sobre los muros idólatras, no se desató la tremenda y temida ira del dios vencido y destronado.

Y dejando atrás Lurín y el templo vacío del dios-pezu, el Inca Garcilaso llegó al fin al valle del *Rimac* (el que habla), nombre verosímilmente atribuido a la vecindad del famoso oráculo de Pachacamac. Avanzando por el camino real de *Rimac-tampu* (posada del que habla), hoy *Limatambo*, se encontró Garcilaso ante el verde valle del *Rimac*, que "sin hacer agravio a otro, es uno de los mejores del mundo", como dice el cronista Lizárraga (10). Para el

(8).—JOSE DE LA RIVA AGÜERO.—"Examen de la Primera Parte de los Comentarios Reales". — En la "Revista Histórica". — Lima, 1907. — Tomo II. — Pág. 130.

(9).—MIGUEL DE ESTETE.—"Noticia del Perú". (v. B. de C. P., Tomo II).

(10).—FRAY REGINALDO DE LIZARRAGA.—"Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile". (B. de C. P., Tomo IV).

viajero que viene del sur, el valle se abre anchurosamente ante sus ojos como un gran tablero verde, circundado por cadenas de cerros azulados en ángulo recto que tiene por vértice al San Cristóbal. Y casi como si estuviera a la falda del cerro, apoyada en el río lento que no apura nunca el curso de sus aguas suspirosas entre las piedras sonoras, se divisa Lima de lejos, en las torres de sus iglesias que ya empezaban a ser magníficas. ¡Con qué curiosidad se acercaría Garcilaso a esta ciudad que a los 25 años de fundada ya extendía por los ámbitos de Indias el prestigio de su opulencia y gentileza.

En los días en que la visitó Garcilaso Inca —mediados de 1560—, Lima comenzaba a definir su hermosa fisonomía cortesana. D. Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, tercer Virrey del Perú, había trabajado activamente desde su llegada, en 1556, para convertirla en una ciudad importante y señorial. El cronista Lizárraga, al describir la Lima de ese tiempo, parece decirnos que el activo Virrey logró su propósito. Y el mismo Garcilaso, cuando trató de Lima en la Segunda Parte de sus "*Comentarios Reales*", habla de la hermosa regularidad de las calles, que a él le sorprendió más porque venía del Cuzco, y de la gran extensión de la Plaza Mayor, no tan grande, por cierto, como la del Cuzco. Pero lo que más agradó a Garcilaso fué la holgura de los grandes casas limeñas ornamentadas de lujoso mobiliario y amenizadas por frescas y olorosas huertas interiores y floridos zaguanes señoriales. Es el tiempo en que se aizan ya suntuosos templos y se ensanchan los monasterios, mientras el "puente de piedra" enlaza sus arcadas sobre las aguas del Rímac, estrechando la Plaza Mayor con el barrio indio de San Lázaro. La Catedral es todavía la misma no muy grande que levantó el Fundador Pizarro, pero ya se adornan las calles con la discreta elegancia de los balcones y los grandes patios de jazmines. Esa fué la Lima que miró Garcilaso en 1560.

Y un día de ese mismo año, se embarcó Garcilaso en el Callao y comenzó la larga travesía hacia la península. No eran nunca rápidos los viajes en aquella época, y salvo las comunes demoras no hubo incidentes mayores. Atravesó el Istmo de Panamá donde se encontró con la comitiva de D. Diego López de Zúñiga, Conde Nieva, cuarto Virrey del Perú, que venía a réemplazar al Marqués de Cañete. Garcilaso conoció entonces a algunos caballeros de la

comitiva del galante Conde cuya breve historia virreynal terminó sorpresivamente una madrugada limeña cuando los vecinos de la calle de Zárate encontraron que, misteriosamente muerto bajo un acechado y sospechoso balcón, el Virrey había concluido la última de sus nocturnas aventuras de amor.

Y tras éste encuentro con la comitiva de Nieva, que lo acerca todavía un poco al Perú, Garcilaso enfiló por el Mar Caribe hacia el Atlántico y deteniéndose brevemente en una de las Azores llegó al fin a la península y, en el último mes de 1560 o primero de 1561, desembarcó en Lisboa. El joven mestizo del país legendario de los Incas ha llegado ya a tierras de Occidente y precisamente a ese puerto lusitano desde el que se asomó Europa a mundos desconocidos cuando, desnudos de temores, partían los heroicos paladines portugueses a pasear peligrosamente por mares de misterio y tener el extraño gozo de ver aparecer ante sus ojos sorprendidos.

“un día la maravilla clara de Calcuta
y otro día la maravilla oculta del Brasil”.

y cuyas hazañas esforzadas, cumplidas sobre el vasto escenario de “mares antes nunca navegados” fueron bellamente cantadas por Luis de Camoens en esa epopeya escrita en la dulce lengua portuguesa que alguien llamó con acierto “castellano sin huesos”.

IV

DESILUSION CORTESANA Y AVENTURA MILITAR.

De la famosa “playa occidental de Lusitania”, animada todavía por los ecos de aventuras increíbles, Garcilaso pasó a España en los primeros meses de 1561. Llegó primero a Sevilla, visión de rejas y flores en las angostas callejas que llevan todas a la Giralda enamorada, donde repican insistentes los cantares de “sentimiento, guitarra y poesía”, porque, como dijo el poeta sevillano, —voz ahora muda de Manuel Machado— es allí, en Sevilla, donde “cantando la pena, la pena se olvida”.

Pero iba Garcilaso Inca en busca de sus parientes españoles y no se detuvo mucho tiempo junto a los encantos sugerentes de Se-

villa. Pasó pronto a Montilla, en Córdoba, y luego a Extremadura donde conoció a su familia paterna y vió las tierras que su padre abandonó, joven como él, para marcharse a las Indias, a vivir dispendiosamente su vida de aventuras hasta el fin, hasta la última y más interesante de todas, que es seguramente la aventura de la muerte.

El único de los parientes paternos que prestó en España, desde un principio, verdadera acogida a Garcilaso fué D. Alonso de Vargas. Este oficial retirado de los tercios del Rey D. Carlos V, veterano de las famosas campañas de Flandes e Italia, que vivía retirado ya en su solar cordobés de la hidálgica Montilla, recibió afectuosamente al joven mestizo hijo de un fabuloso Imperio vencido por las corazas españolas, que llegaba hasta él desde la legendaria capital de los Incas. Desde el primer día que lo conoció, fué D. Alonso de Vargas el protector de quien tan audazmente se había lanzado al desconocido ambiente de la península. Con la esperanza de este apoyo y de la justicia de sus reclamos, se encaminó a Madrid.

La Corte del vastísimo Imperio era entonces un hervidero de pleitos y reclamos. Gentes que habían luchado con numerosos pueblos desconocidos y a veces feroces, que habían vivido bajo los más diversos cielos del mundo, iban hasta ahí para hacer al Rey grandes o pequeños reclamos de beneficios o de honores, porque para aquellas gentes cruzar las tierras a pie y los mares en carabelas era tan natural como para nosotros recorrer una ciudad en automóvil. Y los "indianos" se encontraban por eso frecuentemente en Madrid, y ahí revivían muchas veces, en mediocrés papeles, las impetuosas querellas que en las Indias se ventilaban rápidamente con el filo desnudo de las espadas.

Garcilaso conoció en Madrid a algunos de estos "indianos" notables de todos los matices espirituales, porque indianos eran todos los que regresaban de Indias. Conoció así a Fray Bartolomé de las Casas, martilleante voz contra el abuso; al revoltoso "perulero" Hernando Pizarro, destructor del idolo de Pachacamac y autor de otras no menos interesantes y pintorescas correrías y que entonces acababa de salir de la cárcel, frecuente estación de espera para conquistadores en desgracia; al ex-Gobernador Vaca de Castro, cuyo hijo conoció antes en Panamá cuando pasó con el séquito

del donjuanesco Conde de Nieva; y conoció igualmente a otros muchos personajes de la conquista que le dieron una más clara y definida idea de conjunto sobre todas sus observaciones infantiles acerca de este original tipo humano que fué el conquistador español del siglo XVI, cuyo señero perfil grabó noblemente Garcilaso en la "*Historia del Adelantado Hernando de Soto*", que escribió años más tarde.

También quería Garcilaso, como muchos de aquellos, reclamar al Rey y también fué su reclamo, como todos, al célebre Consejo de Indias. Garcilaso quería que, en reconocimiento de los servicios que prestó su padre a la Corona, se entregara las tierras de la *encomienda* de su padre a su madre, la Palla Doña Isabel y a él. Largos meses de lucha burocrática, en la que hubo desagradables sorpresas adversas, acabaron por convencer a Garcilaso de la dura verdad que con frase cierta expresó el incierto (11) poeta castellano:

“... las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas”.

Estas esperanzas cortesanas —ahora fállidas— que siempre,

“El que no las limare o las rompiere
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere”,

llevaron a Garcilaso, en su cortante desencanto, a las filas del Ejército, y en 1564 sentó plaza de oficial en la guarnición de Navarra, a cargo de un pariente de su padre, al que iba recomendado por su tío D. Alonso de Vargas, y que se llamaba D. Alonso Fernández de Córdoba y Suárez de Figueroa, hombre de linaje nobilísimo y veterano de las más brillantes campañas de su tiempo. Más o menos a la misma edad en que su padre, Capitán de infantería española,

(11).—Este incierto poeta castellano es el anónimo autor de la famosa "*Epístola Moral*". Atribuida, con más o menos probabilidades, a Rodrigo Caro, a Bartolomé Leonardo de Argensola, a Francisco de Rioja y, por último, al poeta sevillano Andrés Fernández de Andrada.

abandonó España rumbo a las Indias, su hijo Garcilaso Inca, que viene de las Indias, se hace soldado en una compañía de arcabuces españoles y fué —dice Riva Agüero— “el primer peruano conocido que guerreó en Europa”.

¿Estuvo Garcilaso en Italia por aquellos años? Su probado conocimiento de la lengua toscana y el inteligente cariño que demostró por las páginas de Ariosto y Bocaccio, entre otros escritores italianos aún no traducidos, hace pensar verosimilmente que alguna vez, cuando servía bajo las banderas de los tercios, recorriera los principados italianos donde señoreaba el Imperio Español. “Quizá —admite discretamente Riva Agüero —viajó en las galeras que mandaba D. Francisco de Mendoza, hijo del segundo Virrey fallecido en el Perú, el cual fué Generalísimo de la Armada del Mediterráneo, a quien volvió a tratar en España y del que hace muy encaucidos elogios”. Pero ¿habría razón para asombrarse de que, quien trasladó tan maravillosamente del toscano al castellano los “*Dialoghi d'Amore*”, recorriera las ciudades, a la vez luminosas y sombrías, medioevales y renacentistas, güelfas y gibelinas, de la soleada y armoniosa Toscana? Pisa, Florencia, Siena ¡qué extrañas sombras de historia y qué maravillosas luces de arte distinguiría, entre los mármoles de sus palacios y las majestuosas cúpulas de sus iglesias, el hidalgo peruano de los ejércitos imperiales de España!

Pero dejemos que la fantasía se pierda en libérrimas imaginaciones y ocupemos la memoria en seguir la huella de quien, en 1568, antes de los 30 años, era ya “el Inca Garcilaso de la Vega, Capitán de su Majestad”, como reza la portada primigenia de su obra más famosa. Lo veremos actuar cuando, a fines de ese año 1568, estalló en Granada la amenazante sublevación de los *moriscos*, y España pudo ver —como cantó el “divino” poeta sevillano (12)— al

“... pérfido bando
 En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
 Que sube amenazando
 La soberana lumbre,
 Fiado en su animosa muchedumbre”.

(12).—FERNANDO DE HERRERA.—“*Canción lírica a D. Juan de Austria*”.

El Capitán Garcilaso Inca formó entonces descollantemente en las tropas que, al mando del futuro vencedor de Lepanto, D. Juan de Austria, escalaron "la enriscada sierra" granadina de las Alpujarras y en largos meses de durísima pelea abatieron sangrientamente la poderosa sedición de Aben-Humeya, que, en esos días culminantes de la historia de Occidente, representaba la puñalada por la espalda que los descendientes del Africa bárbara asestaban a España, fuerte muralla erguida contra el Islam que ululaba ya, con su agresiva media-luna, en el mismo mar greco-latino.

Protagonista de este terrible episodio de la secular lucha española contra el musulmán, el Inca Garcilaso se ganó el merecido afecto de su jefe, el bastardo ilustre y valeroso que se llamó D. Juan de Austria. Pudo entonces, con el apoyo del prestigioso e influyente Príncipe, resucitar sus pretensiones indianas, denegadas por el Consejo de Indias cuando Garcilaso reclamó al Rey. Pero Garcilaso Inca era buen peruano en la orgullosa dignidad de sus derechos, y no había ido a España a mendigar favores de funcionarios subalternos. Como descendiente de Reyes poderosos y de uno de los valientes que vencieron a esos Reyes, él había ido en busca del Rey a reclamar sus derechos y a que se hiciera justicia a su linaje. El vulgar papeleo de gentes ínfimas lo hizo fracasar, y Garcilaso volvió desdeñosamente las espaldas al oscuro avispero del Consejo de Indias con la decisión de no regresar más. Y cuando pudo regresar con posibilidades de éxito, prefirió, a la tediosa gestión de discutidos beneficios sedentarios, la fatigosa honra y riesgo de la arrogante vida militar de su siglo.

V

DE LAS ARMAS A LAS LETRAS.

Después de la victoriosa campaña contra los *moriscos* de las Alpujarras, el Inca Garcilaso, Capitán de su Majestad, seguramente continuó militando un tiempo más bajo las banderas españolas. Son escasas las noticias que se tiene de su vida en aquellos años de 1572 a 1578, pero parece que por esa época vivió alternativamente en Badajoz, Sevilla y Montilla, y que usaba el nombre de Gómez Suárez de Figueroa, nombre de uno de sus antecesores paternos y que, siguiendo usos hispánicos de ese tiempo, recibió él en el bautismo.

Garcilaso Inca, hasta entonces codicioso de legítima gloria, apacigua ahora su inquietud vital, y este es, sin duda, el tiempo oscuro y fecundo de su vida. Descansan las armas, y el sosegado estudio de las Letras le ofrece la embriaguez de sus encantos desconocidos. Al lado de un *Maestro de Artes* de Sevilla perfecciona el apurado Latín de su infancia y frecuenta las páginas de militante belleza romana en que Julio César relata sus hazañas en las Galias. Las ociosas lecturas de caballerías, lecturas de la gente de su tiempo, a las que él se entregó en sus años de soldado, han cedido el lugar a los depurados escritores del Renacimiento italiano. Tuvo Garcilaso Inca visible predilección por la prosa italiana que conocía a maravilla. Se deleita con la sutil ironía de Bocaccio, un poco irrespetuoso a veces, pero siempre perfecto en la agilidad centelleante de su estilo. También entretiene sus horas de descanso la evocación caballeresca del "*Orlando Enamorado*" de Boyardo y el ingenio exquisito de Ariosto que, con la gracia gentil de un cortesano de Ferrara, sigue a su "*Orlando Furioso*" a través del asendereado itinerario de todas sus proezas de amor. Y, entre los antiguos, Garcilaso Inca alternaba sus lecturas de César con las esculturales páginas de Plutarco. Como para contrapesar todas estas antiguas y modernas gracias literarias, Garcilaso leía los densos y sesudos estudios históricos de Guicciardini, y quizás las sobrias observaciones del otro historiador florentino, antecesor de Guicciardini en el tiempo y el talento: el penetrante Nicolás Maquiavelo.

El descollante mestizo peruano que partió muy joven a España en busca de la esquivada fortuna, ve llegar la madurez reflexiva a su silencioso retiro sevillano cuando la noble preocupación de las Letras ha sustituido en su espíritu a la orgullosa inquietud de las armas. ¿Pensaría entonces en regresar a la Patria? Seguramente que desechó pronto la idea. ¿Qué cosa "que no fuese recuerdo de la muerte" podía ofrecerle su lejana tierra? Había muerto ya su madre, hermosa víctima del infortunio de su raza vencida. Su familia materna, sin duda dividida, avasallada y dispersa. Deseoso de paz la encontraba mejor quedándose en España.

En aquellos días de estudioso retiro, Garcilaso Inca pasó de las Letras profanas a las lecturas de orientación religiosa. Su espíritu se inclinaba cada vez más insistentemente a la piedad, y antes de 1590 abrazó el estado de clerecía, aunque no llegó a ser nun-

ca sacerdote. Por este tiempo se fué a vivir a Montilla, antigua y pequeña ciudad de la provincia cordobesa donde lo barroco se abraza a lo mudéjar en las techumbres de sus iglesias y las retorcidas columnas de sus altares dorados. Allí, en esa vieja ciudad de aquilino escudo imperial y duraderas reminiscencias arábigas, tenían casa solariega su tío y benefactor D. Alonso de Vargas y el primo de éste D. Alonso Fernández de Córdoba y Suárez de Figueroa que, como vimos, incorporó años antes a Garcilaso Inca en sus tropas. Al lado de estos combatientes de las guerras imperiales, en la vieja y noble villa cordobesa, vivió Garcilaso Inca muchos años fecundos de su sosegada madurez.

¿Qué tareas ocupaban los días de Garcilaso en su retiro de Montilla? "... Con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparéis con León Hebreo" — escribió D. Miguel de Cervantes en el prólogo de su obra universal. Garcilaso Inca que —a pesar de la lamentable opinión de un irascible adversario de su gloria (13)— sabía de toscano algo más que esas "dos onzas" de que habló Cervantes, encontró entre sus favoritas lecturas italianas las delicadas páginas de los "*Dialoghi d'Amore*" en los que el sutilísimo talento de Abarbanel, el judío español de Nápoles, escribiendo en la dulce lengua de Toscana, trazó una luminosa exégesis metafísica del amor místico y del amor humano, en esos tres diálogos en los que la Ontología se confunde maravillosamente con la poesía.

Estamos en pleno clima renacentista, y todas las ideas tienen el tono armonioso del humanismo toscano. Con reflexiones de hondo sabor neo-platónico, los místicos españoles cantan las más altas ideas cristianas en depuradas estrofas petrarquistas, mientras en los palacios, poblados de artistas y guerreros, triunfaba la didáctica

(13).—Me refiero a D. Manuel González de la Rosa, bibliógrafo peruano contemporáneo que, entre otros errores, no trepidó en escribir, con inexplicable fobia contra el ilustre compatriota, que Garcilaso "*se dá infulas de traductor del italiano, cuando nunca había pisado la península itálica*". La extraña fobia antigarcilasiana que padeció hasta su muerte el señor González de la Rosa no le permitió, ciertamente, alegrar de una manera persuasiva en defensa de sus opiniones. La frase citada es una muestra de su deficiente manera de razonar. D. José de la Riva Agüero, que durante muchos años estudió con profundo amor la obra de Garcilaso Inca, rebatió brillantemente las opiniones de su anciano contrincante, en 1910. (Véase los documentos centrales de la interesante polémica en el II Tomo de la Colección de "*Opúsculos*" de José de la Riva Agüero).

caballeresca del conde Castiglioni que, en las páginas de "*Il Cortegiano*", presentaba a sus contemporáneos al verdadero espejo de de señorío galante. En este ambiente de exquisita elevación espiritual, cuando los más vitales ideales humanos del renacimiento italiano encuentran su dinámica y sobresaliente realización en los protagonistas del siglo imperial de España, "siglo grande y portentoso en todo", es precisamente cuando un peruano, Garcilaso Inca, ofrece al asombro de los hombres cultos la más exacta y bella traducción castellana de ese libro de éxtasis en que León el Hebreo describió, con admirable vuelo filosófico, el "círculo amoroso" que vincula la triste materia humana al eterno resplandor de Dios.

Difícil, por la escarpada altura de sus ideas ontológicas, la obra del metafísico judío ya había sido traducida dos veces al castellano. La traducción de Garcilaso Inca, publicada en Madrid en 1590 y acabada un año antes, llega, pues, en tercer término. Pero, por ese mérito sin tiempo ni plazo de las obras de arte, ocupa en seguida el primer lugar en todas las bibliotecas y en la misma mesa del Rey D. Felipe II, a quien estaba dedicada y que —dice Riva Agüero— "distrajo con ella el tedio de una velada en el Escorial".

Hay un nombre amigo que es preciso mencionar al tratar de aquellos años de fecunda madurez que vivió Garcilaso Inca en el noble y piadoso retiro de su solar montillano. Es el nombre del Capitán D. Gonzalo Silvestre, viejo caballero de la singular aventura en la que Hernando de Soto y sus valientes, pagando en sangre y sufrimientos, se adueñaron de la bella península antillana de La Florida. Este antiguo *indiano*, amigo del padre de Garcilaso en el Cuzco, ha regresado a la tierra andaluza para dejar en ella su cuerpo rendido por la fatiga de muchos años de aventuras. Vive en un tranquilo pueblecito de la provincia de Córdoba, y Garcilaso, a quien los años le iban dando la nostálgica afición de conversar sobre su patria lejana con los que alcanzaron a ver el crepúsculo de su esplendor ancestral, buscaba a menudo la amable compañía del viejo conquistador. Frecuentemente iba a visitarlo, desde Montilla hasta Las Posadas, y en las ligeras alas de la nostalgia el tema de aquellas charlas se alejaba mucho de esas tierras andaluzas. Triste nostalgia de patria y punzante nostalgia de aventuras. Es un dramático diálogo con las sombras llorosas del pasado.

De labios de Gonzalo Silvestre conoció entonces Garcilaso las proezas increíbles y verdaderas de la expedición de Hernando de Soto a La Florida, donde el orgulloso ardor de conquista de esos descomunales españoles escogió las más extremas y casi inverosímiles maneras de burlar a la muerte, de vencer risueñamente constantes sufrimientos y crueles dolores, o cualquier día, a la intemperie de las selvas hostiles, morir con la más desconcertante naturalidad. De todas aquellas aventuras impresionantes nos quedó la obra que, con los recuerdos de Silvestre, escribió Garcilaso Inca en los años finiseculares del XVI y que tituló "*Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del Reino de la Florida y de otros heroicos caballeros e indios*". Esta obra, donde la historia se diluye en anécdotas, se parece algo, por la extraña combinación de géneros literarios, a las hermosas rapsodias en que un aeda de Chios, anciano, ciego y de inmortal memoria, cantó las aventuras del astuto Ulises que, en los imprecisos tiempos de la leyenda, vagaba por los mares y las islas de Grecia buscando la deseada Itaca. En la obra del épico griego como en la de Garcilaso —y salvadas todas las distancias— el novelesco relato se eleva tanto que se abraza a la epopeya. "Araucana en prosa" llamó a esta historia de "*La Florida*" Ventura García Calderón (14) mirando sin duda, nó al estilo y forma de la composición, sino a la épica estatura de los personajes y al persistente rumor de leyenda y de imposible que parece seguir la huella de esos hombres para realzar sus hazañas que no tienen jamás una meta determinada.

Leer estos relatos de Garcilaso Inca, en los que la simplicidad de la prosa consagra a la grandeza de la vida, es siempre quedarse atónito, si es que se conoce la geografía de América y se ha pensado un poco sobre los móviles que mueven comunmente los pasos de los hombres. Garcilaso Inca, que comprendía todo esto, rindió homenaje en ese libro al extraño tipo humano que realizó la más extraordinaria empresa que conoce la historia y que ha sido, sin duda, la conquista española de América, aunque —alguien nos lo recuerda— todavía escuchemos la noble voz del gran Bartolomé de las Casas que, como si hablara para hoy, está gritando, ante

(14).—VENTURA GARCIA CALDERON.—"*La literatura peruana*". — París, 1914. — Pág. 7.

unos duros rostros del Greco, que conquista es "término y vocablo tiránico, mahomético, abusivo, impropio e infernal".

VI

SENECTUD, NOSTALGIA Y FIN.

Córdoba, donde los naranjos y las palmeras hacen la corte a la exótica belleza de su islámica mezquita purificada, es, sin duda, la ciudad andaluza más propicia a la meditación y al recogimiento. El recuerdo de la Arabia lejana, que hace siglos avanzó con fanático empuje hasta esas tierras tan luminosas como el desierto, todavía está vivo allí, y hace olvidar un poco la sonora risa y el sonoro llanto de Andalucía. El silencio de Córdoba, que el Guadalquivir rompe y glosa con el suave murmullo de sus aguas vigiladas por las cercanas nieves de la sierra, está hecho de muchas voces remotas. Junto a los muros de sus calles torcidas dialogan las sombras sucesivas de su antigua historia. Ahí se escucha el desencantado eco de la españolisima filosofía del cordobés severo que, en la Roma orgiástica de la decadencia, predicaba —¡oh ilusa sabiduría!— moderación y austeridad. Y al lado de la serena voz de Séneca, se escucha el rumor latino de los versos en que Lucano, otro ilustre cordobés, cantó las hazañas de los días puros y grandes de Roma. Después, la confusión visigótica y, cuando ésta está concluyendo, llega a Córdoba el bárbaro vocerío de Alá y de su caótico y libidinoso Profeta. Pero el vergonzante silencio del Corán se romperá precisamente allí, en Córdoba, con la pausada voz de Averroes que diserta, bajo ese cielo claro, sobre altas cosas extrañas que nunca preocuparon a la sanguinaria turba del desierto. ¡Esa es Córdoba, perdurable símbolo de la síntesis latina, visigótica y arábiga, de donde extrajo España la riqueza ardiente de su sangre y la perfecta sintáxis de su idea!

Es a esta ciudad de historia y de silencio donde fué a vivir el Inca Garcilaso en 1590 o 1591. Habían muerto sus tíos, los dueños del noble solar montillano —a uno de los cuales heredó—, y Garcilaso fué a buscar en Córdoba el reposo para sus días que doblaban ya la decisiva curva de la madurez enfilando hacia la solitaria y melancólica edad de la senectud. "Paso una vida quieta y

pacífica —nos dice él mismo (15)— como hombre desengañado, despedido de este mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa de él, porque ya no hay para qué, que lo más de la vida es pasado, y para lo que queda proveerá el Señor del Universo como lo ha hecho hasta aquí". Es en la Córdoba de Séneca donde ha escrito esas frases de desencantada serenidad, y el tono se parece muchísimo al del Padre Granada cuando, en la "*Guía de Pecadores*", dice con filosofía cristiana y acento hispánico: "La vida es breve y la muerte se apresura a más andar: ¿qué necesidad tienes de tanta previsión para tan corto camino?" Garcilaso Inca se recoge más y más dentro de su espíritu que se afina en la cotidiana meditación de la verdad.

El culto e inteligente mestizo del Perú ha entrado ya, silenciosamente, en la etapa más trascendental de su vida. La esquiva fama ronda la puerta de su "pobre casa de alquiler", donde lleva la vida devota y sencilla de clérigo, casi siempre recluso en sus estudios y recuerdos, frecuentando a veces la discreta compañía de otras ilustradas gentes de Iglesia. Allí,

"retirado a las nocturnas horas
escribiendo a vigilante lamparilla,
o en la estudiosa luz de las auroras",

—como dijo poéticamente, en sabia epístola de consejo, un lírico aragonés (16)—, Garcilaso Inca encaminaba su imaginación brillante a la lejana patria abandonada en la ambiciosa juventud. Ha cerrado para siempre las caprichosas puertas del porvenir, y en la paz de su retiro cordobés Garcilaso abre las anchas ventanas de la evocación para contemplar los más distantes días del pasado. Repasa lentamente sus recuerdos como si mirara un viejo álbum de retratos melancólicos. Están naciendo los "*Comentarios Reales*", dulce y triste nostalgia de la patria para siempre lejana.

Largos días y largas noches se prolonga este patético coloquio de Garcilaso con su nostalgia. Evoca los paisajes de la Patria que miró con los ojos de niñez. Recuerda las tradiciones de su raza que

(15). — "*Comentarios Reales*". — 2ª Parte. — Libro V. — Cap. 23.

(16). — BARTOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA. — "*Epístola lírica a D. Fernand de Avila y Sotomayor*".

recibió de labios temblorosos en su adolescencia lejana. Ve las pétreas calles del Cuzco y recuerda nítidamente la posición de las casas y los rostros de gentes que ya eran todas mudos huesos guardados en la tierra. Escucha, en las más ocultas grutas de su memoria, la honda melodía de la música incaica, armonioso suspiro de melancolía. Y; sobre todo, recuerda los llorosos rostros de los príncipes ancianos que le contaban las "antiguallas" de los días de grandeza y legendaria gloria. ¡Qué lejos está el Perú y cómo horadan los recuerdos en su corazón!

Pasaron los años sobre su cuerpo y sobre su alma, llevándose todo: vida, ambiciones, orgullos, esperanzas. Pero le dejaron sus recuerdos. Ellos lo acompañan en las veladas solitarias de la senectud y, con elegíaco amor, le dictan las páginas *saudosas* de los "Comentarios Reales". Y en la primera de esas páginas hermosísimas, él pudo poner, como el fino épico lusitano (17), éstos versos de apasionada poesía:

"Amor de patria oiréis, y no movido
de premio vil, sino alto y casi eterno,
que no es vil premio hacerse conocido
pregonando las glorias del solar paterno",

porque el paisaje y la historia del Perú querido —para él "solar materno"— aparecen en el ameno libro de Garcilaso Inca descritos "con la doblada y profunda nostalgia que infunden el destierro y la senectud", según felicísima expresión de Riva Agüero. Y todos estos recuerdos nostálgicos —cuya Primera Parte se editó en Lisboa en 1609 y la Segunda en Córdoba, en 1617, un año después de su muerte— los escribió Garcilaso Inca en un perfecto estilo castellano en el que resplandece aquella difícil belleza de la simplicidad.

Y este libro en el que hay tanta armonía de verdad y fantasía y en el que Garcilaso Inca, sin exageración y con templada emoción clásica, nos hace sentir su nostalgia y confundirnos con sus recuerdos, debió acercarse adecuadamente a manos del pueblo en el reciente aniversario de su autor, no por lo que contenga de leyenda o

(17).—LUIS DE CAMOENS.—"Os Lusíadas". — I. 8.

de verdad histórica, sino, únicamente, por su espíritu peruanísimo de profundo cariño a esta santa tierra del Perú, que palpita en cada una de sus páginas inmortales. Este habría sido más delicado, sincero y eficaz homenaje al primer clásico peruano, en el cuarto centenario de su nacimiento, que el oficial toque a rebato oratorio del que resultó la inelegante gritería que se escuchó en Abril. Las altas voces selectas quedaron allí confundidas en los desenfadados desahogos de la audaz ignorancia que, en nuestro medio, es tan enfática y desagradable, y ese ha sido, lamentablemente, el único resultado de la conmemoración.

Pero siempre habrá tiempo para ese libro que puede leerse todas las veces con el mismo interés y el mismo amor, y apartándonos de la censura, en este caso inevitable, atendamos al fin de la vida de Garcilaso Inca, que se extingue serena y cristianamente en su retiro cordobés. Entregado a sus gloriosas tareas literarias y con el corazón puesto muy lejos de allí, la muerte encontró en Córdoba al Inca Garcilaso de la Vega, el 22 de abril de 1616, a los setenta y siete años, y en él se extinguió su estirpe simbólica.

Sus restos reposan desde entonces, por disposición de última voluntad, en un piadoso rincón del arábigo bosque de mármol y jaspe que es la mezquita de Córdoba, lugar consagrado hoy al culto cristiano. En las sombras del extraño templo, sobre la reja que separa la Capilla de las Animas de las columnas laberínticas de las naves, resplandece el escudo a la vez español e incaico que vigila el sueño eterno del Inca, celebrando con gesto mudo la perfecta fusión espiritual que realizó en su vida y en su obra. En el centro del pequeño y callado recinto, una losa cubre los restos del insigne peruano, y al lado izquierdo del altar de la Capilla, comienza el epitafio que dice: *"El Inca Garcilaso de la Vega, varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas. Hijo de Garcilaso de la Vega, de las casas ducales de Feria e Infantado y de Elisabeth Palla, hermana de Huayna Ccapac, último Emperador de Indias. Comentó la Florida, tradujo a León Hebreo y compuso los Comentarios Reales"*. Y tan expresivas noticias funerarias concluyen al otro lado del altar, con iguales letras doradas sobre mármol negro: *"Vivió en Córdoba con mucha religión; dotó esta capilla; enterróse en ella; vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del Purgatorio; son patronos perpetuos el Deán*

y Cabildo de esta Santa Iglesia. Falleció a XXII de Abril de MDCXVI'.

Sobre su tumba —él lo quiso así— brilla de noche y de día la temblorosa luz de una lámpara. Y mientras su espíritu dilecto se vino con nosotros en su obra, se quedaron allá sus huesos, velados siempre por una lívida imagen de aquella "luz perpetua" de que hablan los Salmos.

Y afuera, en el patio, entre los naranjos y las palmeras, sobre azulejos viejísimos, murmuran las fuentes su canción perdurable y serena.

Mayo, 1939.

Jerónimo ALVARADO SANCHEZ.